

pasa algo más. ¿Te aburres? Hace dos días que llueve y no has podido salir. Entretanto yo, olvidándome de todo, escribía los últimos compases.....

—Tú lo olvidas todo, es muy cierto.

—¿Todavía? Decididamente, Susana, hoy estás mal dispuesta. Mañana traeré á Labarre y á Pinchart para que coman con nosotros. Ellos te distraerán.

—¿Vas á París mañana?

—Sí. Tengo cita en casa de mi editor.....

—¿Con quién?

Derstal enrojació ligeramente. Fijó los ojos en su mujer y dijo sin la menor vacilación:

—Pues con mi editor.

—Está bien. Yo iré á casa de mi madre, pues tengo necesidad de hablar con ella. Se queja de que no voy á verla.....

—Tiene razón, y haces muy bien en ir á verla. Si quieres, nos iremos juntos.

—Convenido.

En su interior Susana se decía:

—Ha mentido. Su rostro se ha turbado. Seguramente irá á ver á Eva; pero yo lo sabré.

Entró en su habitación, escribió una tarjeta á su hermano, y encargó á Julia que la llevase aquella misma noche á París.

VI

En el coche que la llevaba á la plaza de los Estados Unidos, Susana hablaba con su hermano. Se había separado de Derstal al pie de la escalera de la estación, y ante el hotel Términus encontró á Harry, que la estaba esperando. Una vez en el carruaje, dió cuenta á Susana de la ejecución de sus instrucciones.

—Como me suplicabas en tu carta de ayer, querida hermana, he dado las órdenes necesarias para que desde por la mañana vigilaran la casa de la señorita Brillant. He encargado de esta misión á un hombre admirable, que ha sido funcionario en la Prefectura de policía y que no nos engañará, como suelen hacerlo los que se dedican á hacer pesquisas en interés de las familias. Hora por hora estaremos informados de cuanto pase. Tendrás que ver lo bien organizado que está el servicio. Si la hermosa Brillant va, como es probable, á encontrar á Derstal, ó si Derstal va á su casa, lo sabremos al momento, á fin de que puedas tomar una decisión que esté conforme con tu dignidad.

—¿Tú crees que Derstal y esa mujer se verán?

—Querida mía, mi convicción y nada vienen á ser la misma cosa. Aquí de lo que se trata es de darte una prueba. Cuando hayas visto, si es que

hay algo que ver, procederás como mejor te convenga y con arreglo á tus sentimientos personales. No quiero que nunca puedas decir que te he hecho presión de ninguna especie.

—¿En dónde debes recibir las noticias que tienes pedidas?

—En casa, por teléfono, y en cuanto ocurra alguna novedad. Hora por hora estaremos al tanto de lo que suceda, pues mi hombre tiene un servicio bien organizado para estas operaciones.

—Si sucede algo—dijo la joven con dolor,—tal vez sería mejor ignorarlo.

—¿Has llegado al extremo de no querer conocer tu suerte?

—Si me viese obligada á despreciar á Oliverio, sufriría horriblemente. Ahora le conozco tal como es, como ni tú ni mi madre le conocéis..... Es un temperamento delicado y exquisito, que sólo en la intimidad se puede apreciar. Á su lado, en la casita de Saint-Cloud, he pasado semanas que no olvidaré nunca, como tampoco podré olvidar á sus amigos, que han rodeado mi vida de un encanto particularísimo.....

—El viejo Lavirón, el inocente Pinchart y el paradojista Labarre.....

—No lo tomes á broma, Harry, son hombres extraordinarios que cautivan la atención, la retienen, se apoderan del auditorio durante una velada, sin que sea posible sustraerse á su encanto. Verdaderos hechiceros, oyéndoles se pierde la noción

del tiempo. Las ideas más distintas eran removidas, discutidas, pasadas por la criba de su examen con una elevación, una gracia y una ironía de la que no se puede dar idea exacta. Después de haber vivido en semejante medio social, comprendo que Oliverio no haya podido vivir entre nosotros.

—Nosotros somos tontos, ignorantes y huecos, como todas las gentes de mundo, ¿no es cierto?—dijo burlonamente Harry.—Veo que de antemano le das la razón, y si te engaña con Eva Brillant debe ser, sin duda, porque la encuentra más divertida que tú.

Sin contestar una palabra, Susana bajó la cabeza. El coche entró en el patio del hotel, la joven subió apresuradamente los escalones, penetró en el vestíbulo y se encontró en presencia de su madre, que salía á su encuentro.

—¡Ah, Susana!—exclamó la señora Brandón, estrechando á su hija entre sus brazos sin hacer la menor demostración de enojo.—Hace tiempo que no te he visto. Tienes buen semblante; el retiro te ha sentado bien, lo cual ya es algo. No estás desmejorada.

—Pero, mamá, en casa de mi marido no he pasado hambre—exclamó alegremente la joven.—Tenemos á la mujer del jardinero, que guisa admirablemente.

La señora Brandón hizo una mueca de desdén pensando en su jefe de cocina, que tenía sueldo

de ministro, y lo triplicaba gracias á las sisas; pero no quiso molestar directamente á su hija, y no dijo una palabra.

— Querida mía, quitate el sombrero y vamos á almorzar.

Con mayor satisfacción de la que se figuraba, Susana se vió de nuevo rodeada por el lujo que estaba acostumbrada á ver. Las maderas labradas del comedor; los aparadores repletos de vajilla de plata maciza y refulgente; el silencio del servicio, rápidamente ejecutado por los criados, vestidos de negro, bajo la dirección de un *maitre d'hôtel* estrado y digno, con sus soberbias patillas entrecanas, y la riqueza del lujo, la volvía á sus antiguas impresiones, que entonces le parecieron muy apreciables, pensó: «Es una cosa muy distinta á la vida de Saint-Cloud, pero está muy bien.» Comió distraidamente y habló poco, absorta por sus sensaciones y oprimida por sus inquietudes. Pensaba en lo que podía estar haciendo Derstal mientras ella almorzaba con su madre y con su hermano. ¿En dónde estaba? ¿Qué decía? ¿Con quién se encontraba? La sangre afluyó á sus mejillas, y la violencia imperiosa de su carácter reapareció con la indignación experimentada ante la idea del engaño. El amor propio tomaba una parte muy activa en todo esto. Se sentía Brandón, y la perspectiva de verse «burlada», como decía Harry, le era insoportable.

Terminado el almuerzo, pasaron á un saloncito,

y la señora Brandón se procuró la satisfacción de enseñar á su hija las invitaciones que para ella se habían recibido. Susana prestó poca atención á la larga enumeración de comidas, bailes y fiestas. Se veía claramente que sus ideas estaban en otra parte. Cuando le propusieron que subiese á sus habitaciones, no opuso resistencia alguna, y aun pareció que volvía á ver con gusto sus muebles. Luego se sentó, como fatigada, inquieta y con el oído atento. Harry la miraba maliciosamente, guardándose bien de ofrecerla ocasión para que se desahogase. Dejaba que su inquietud se exacerbase con la inmovilidad. Se decía: «No piensa más que en el teléfono. Todas sus facultades están pendientes del timbre del aparato. Son las dos; no podemos saber nada antes de.....»

No pudo terminar su soliloquio. El ruido del timbre se oía en el corredor, y Susana había llegado á la puerta de un salto y cogido los receptores.

— ¿Quién está en el aparato?

— El servicio de noticias.

— Bueno, ¿qué tiene usted que comunicarnos?

— ¿Con quién estoy hablando?

— Con mister Harry Brandón.

— No es su voz.

— No importa; hable lo mismo que si fuese él.

— Es preciso que me lo ordene.

Susana se volvió hacia su hermano, y, pálida de angustia, le dió uno de los receptores diciéndole:

—Ordena á ese hombre que hable. No quiere decir nada si tú no se lo mandas.

—Soy yo—dijo Harry,—Harry Brandón, puede dar las noticias que tenga, pues estoy en el aparato.

Los dos hermanos estaban frente al teléfono, teniendo cada uno un receptor. El hombre se decidió á hablar.

—La persona que vigilamos acaba de entrar, después de haber estado en casa del editor de música. No había despedido el coche. Después de una estancia de más de una hora en el almacén, ha salido, acompañada por el Sr. Derstal, que la ha dejado en el coche y que acaba de llegar á su casa por distinto camino. En este momento acaba de llegar.

Susana soltó el receptor; una exclamación de cólera brotó de sus labios, y, temblando como una azogada, se negó á seguir escuchando. Sabía todo lo que había deseado saber. ¿Qué más podía decir? Entró en el saloncillo, en donde había quedado su madre y se sentó sin decir una palabra.

—Y bien, Susana—preguntó Harry,—¿qué piensas hacer?

—Si obedeciese á mi cólera, correría á casa de esa mujer, me colocaría en la puerta y esperaría que saliese mi marido.

—¿Y después?

—Tendría una explicación con él.

—Y diría que ha ido á casa de Eva Brillant sin más objeto que ocuparse de su obra.

—Creería lo que me pareciese conveniente. En todo caso, le probaría que me ha mentido esta mañana al decirme que sólo iba á casa de su editor.

—¿Y lo has creído?

—He sido tan tonta como todo eso—dijo Susana con amargura.—Lo más natural era que, teniendo necesidad de esa mujer para su obra, había de hacer cuanto estuviese á su alcance para recobrar el ascendiente que en otros tiempos tenía sobre ella. Y yo, entre tanto, habría seguido en mi rincón, consumiéndome entre las nieblas del Sena y ante las soledades del bosque ensombrecido aún por el invierno. Y todo el mundo se habría reído de mí: él, su cantante y sus amigos los primeros. ¡Imbécil! Si hubiese hecho la menor observación, se me habría contestado que aquello lo exigía el interés del arte, el sacrosanto culto de la belleza. Se me habría dado á entender, con un poco de lástima, que era una salvaje incapaz de comprender estos refinamientos y de gustar estas sublimidades. Pues bien, es verdad. No comprendo que se pueda mentir, engañar, y que exista un principio superior cualquiera en nombre del cual pueda excusarse todo esto. Soy una salvaje, pero no quiero ser escarncida de este modo, y odio á los espíritus complicados que á la vez pueden decir sí y no, y que aún pretenden que esto no es mentir.

Y rompió en sollozos, y por su rostro, alterado por la cólera, resbalaron las lágrimas.

—Susana, hija mía, vamos.....

—Déjenme—gritó la joven.—Vuestra compañía no es sincera. Ustedes se alegran de lo que me sucede, pues me lo habían anunciado. Además, odian á mi marido y no tienen más que un sueño: separarme de él.

—¡Eres una ingrata!—exclamó la señora Brandon.—Me afligen sinceramente tus penas y daría cuanto fuese necesario para ahorrártelas.

—Vuestra fortuna no puede servir para nada. Tratamos con gentes para las cuales el dinero no tiene ningún valor.

—Son muy orgullosos.

—Son así. ¿Creen ustedes que lloraría si pudiese conseguir que Derstal me obedeciese por venalidad? Le despreciaría. Es noble, es generoso, es leal. ¿Es posible que me haya mentado, que me haya engañado? Harry, ¿qué me prueba que tu agente dice verdad y que no me engaña obedeciendo tus órdenes?

—¡Susana!

Corrió hacia su hermano, le cogió por los hombros, y mirándole fijamente, dijo:

—¡Perdón! Pierdo la cabeza, ustedes lo ven..... Por caridad, júrenme que todo cuanto me dicen es exacto.

—Haré más. Te lo demostraré.

Llamó, y un criado se presentó en la puerta.

—¿Está el coche dispuesto?

—En el patio.

Hizo un gesto de decisión.

—Hasta que lo veas no has de creerlo. Ven conmigo, y por tus propios ojos te convencerás de que no soy un impostor y que tu marido es un inconstante.

—Sea—dijo Susana;—de ningún modo me sería posible soportar esta ansiedad.

Bajaron y se fueron en el coche.

Daban las cuatro cuando Derstal, después de haber hecho oír á Eva Brillant los trozos principales de su partitura, se volvió hacia la cantante, que estaba sentada junto al piano, y le dirigió una mirada que envolvía una interrogación.

—Oliverio, es notabilísimo—dijo la cantatriz,—ha hecho usted más de lo que esperaba. Lavirón me había dicho que había usted llegado á la belleza absoluta..... Al fin, hé aquí la gran obra maestra que debía producir la música francesa. ¿Qué supone el nebuloso misticismo de la música alemana ni el brutal verismo de la escuela italiana al lado de esta poesía y de esta brillantez?

Una sonrisa encantadora contrajo sus labios.

—¿Qué se le puede reprochar después de haberlo oído? La producción de una obra semejante lo excusa todo.

—Tiene usted la indulgencia de una amiga y el entusiasmo de una artista—dijo Derstal con humildad;—pero su apreciación me tranquiliza, pues en el fondo de mi pensamiento se agitan aún muchas dudas.

—No tenga ninguna. La crítica caerá á sus

pies, lo mismo que el público, seducida por los temas y su armonioso desenvolvimiento. ¡Oh, Derstal! ¡Pensar que habría podido dejar de escribir esta obra!.... ¡Qué crimen tan grande habrían cometido los que se lo hubiesen impedido!

—¡Cuánta gratitud debo á la que ha permitido que la terminase!

—¿Su esposa, Oliverio?

—Sí, Eva, y el sacrificio que me ha hecho ha sido completo. Ha dejado su familia, su casa, sus amigos, sus costumbres y su lujo para acompañarme en mi soledad. Libertando mi pensamiento, ha facilitado mi tarea.

—Su triunfo será su recompensa—dijo la cantante con emoción.—Amigo mío, le envidio que haya podido sacrificarse por usted. De esto es de lo único que estoy celosa.....

—Ya sé que usted es la más noble de las mujeres.

Eva se había levantado para cambiar el curso de sus ideas. Entre aquellos dos artistas, tan apasionadamente unidos en otro tiempo, sólo parecía que existían los lazos artísticos. Con todo, Eva no había estado nunca tan hermosa, y Derstal resplandecía de prestigio por la obra revelada. No se miraron una sola vez, y desde que el piano había enmudecido y la voz de Derstal cesado de cantar, una molestia pesaba sobre ellos.

—Vamos, Oliverio, es preciso marcharse—dijo Eva;—y si quiere usted creerme, no volver aquí.

No sería razonable. En la Ópera podemos encontrarnos fácilmente, y nadie tendrá nada que decir.

—Yo deseaba hablar con usted, amiga Eva, y deseaba también hacerle oír antes que á nadie el papel que debe usted encarnar. Esto era para mí algo así como el cumplimiento de un deber de gratitud. Yo debo á usted tanto.....

—No hablemos de estas cosas—dijo Eva interrumpiéndole.—Un hombre como usted no debe nada á nadie más que á sí mismo. Además, uno de los privilegios del genio consiste en estar libre de los lazos que sujetan á la generalidad de los seres. Un gran poeta, un músico admirable, un pintor sublime, no piensa, no siente, no vive como todo el mundo. Es preciso ser indulgente con los caprichos de su imaginación, siempre y cuando pague en moneda de obras maestras.

Con un cariño en el que revelaba toda su admiración, le cogió por un brazo y le acompañó al vestíbulo. Se detuvo un instante para mirarle con ojos que revelaban las lágrimas, y añadió:

—Además, Oliverio, yo creo que por mucho que me hubiese usted hecho, me habría sido imposible, si le hubiese visto desgraciado, no olvidarlo todo para compadecerle y consolarle.

Derstal no dijo una palabra, pues estaba demasiado emocionado para hablar; pero se inclinó, y con los labios rozó la frente de la joven. En la escalera, y con la partitura debajo del brazo, fué bajando lentamente y con el corazón lleno de ale-

gría. Con el apoyo y la confianza de Eva, recobró toda su fuerza. Para él era condición absoluta de éxito el que su segunda obra fuese cantada por la misma que tan soberbiamente había triunfado en la primera. En aquel momento ya no dudaba; estaba seguro del porvenir. Salió de la casa, y cuando se disponía á cruzar para ir á ver á Pinchart antes de tomar el tren para regresar á Saint-Cloud, le llamó la atención un coche que estaba parado ante el portal. No tuvo ni tiempo para reconocer la librea, el caballo y el coche de Susana. El rostro alterado y pálido de su mujer se asomó por la ventanilla, viéndose detrás de ella al sardónico Harry, que sonreía con insolencia.

Derstal se estremeció. La idea del peligro que el error de Susana podía hacerle correr pasó como un relámpago por su imaginación. Quiso hablar, explicarse; pero la impaciente mano de Harry había tirado del cordón que servía para advertir al cochero. Éste fustigó al caballo, y el coche se puso en marcha, mientras que Harry, dirigiendo á su cuñado una mirada de triunfo, se inclinaba fuera del coche diciendo:

—Al hotel.

Viendo alejarse el carruaje, Derstal se quedó inmóvil, estupefacto. Se dijo: «Me han tendido un lazo; Harry ha traído á Susana para que me viese salir de casa de Eva. Es una infamia; pero ¿qué es lo que creará? ¿Qué le habrán contado? Esos Brandon son unos miserables..... y yo un majadero de so-

lemnidad. Todas las apariencias me acusan. Para mí debía ser una gran necesidad el ir hoy á casa de Eva mientras mi mujer estaba en París. Para explicarme voy á tener que hablar mucho, y después de todo, tal vez no me crea. Porque, ¿qué prueba todo esto? Llevo mi partitura, y no tengo el aspecto de un galanteador. ¡Ah! ¡Pero Susana ha tenido siempre celos de Eva! Aun ayer me hablaba de ella con una gran aspereza.»

Haciéndose estas reflexiones había llegado hasta la casa de Pinchart. Con pesada lentitud subió la escalera, y le pareció que sus piernas pesaban enormemente y que los escalones eran desmesuradamente altos. Su entrada en el despacho del compositor fué triste y recelosa. Con abatimiento se dejó caer en una butaca.

—¿Qué sucede?—preguntó el músico con inquietud.—¿Estás enfermo? ¿Se ha presentado algún entorpecimiento en la ópera?

—No, por esa parte todo va bien.

—Bueno; eso es lo esencial.

—En los mejores momentos de la vida siempre se produce alguna peripecia imprevista que envenena la felicidad. Nunca me habría imaginado lo que me sucede: es á la vez desolador y risible.

En pocas palabras puso á Pinchart al corriente de su aventura. Con el relato de Derstal, Pinchart no experimentó tanta consternación como su amigo esperaba causarle. Con mucha calma dijo:

—Evidentemente, es molesto; pero ¿qué se le